

Filosofía espiritualista

M

EL LIBRO DE LOS
ESPÍRITUS

CONTIENE

LOS PRINCIPIOS DE LA DOCTRINA ESPÍRITA

ACERCA DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA, LA NATURALEZA DE LOS ESPÍRITUS Y SUS
RELACIONES CON LOS HOMBRES; LAS LEYES MORALES, LA VIDA PRESENTE, LA VIDA FUTURA
Y EL PORVENIR DE LA HUMANIDAD

Según la enseñanza impartida por los Espíritus superiores
con la ayuda de diversos médiums

Recopilados y puestos en orden por

ALLAN KARDEC



Traducción de Gustavo N. Martínez



CONSEJO ESPÍRITA INTERNACIONAL

ISBN 978-85-98161-66-2

B. N.

Título del original francés:

LE LIVRE DES ESPRITS

(Paris, 1857)

Traducción del original francés: GUSTAVO N. MARTÍNEZ

1ª edición – 1ª reimpresión - 1000 ejemplares

0001-O; 04/2009

Portada: LUCIANO CARNEIRO HOLANDA

Proyecto gráfico: RONES LIMA

Copyright 2008 by

CONSEJO ESPÍRITA INTERNACIONAL (CEI)

Av. L-2 Norte – Q. 603 – Conjunto F (SGAN)

70830-030 – Brasília (DF) – Brasil

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados única y exclusivamente para el Consejo Espírita Internacional (CEI). Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, Internet, CD-ROM, sin la previa y expresa autorización de la Editora, en los términos de la ley 9.610/98 que reglamenta los derechos de autor y conexos.

Edición del

CONSEJO ESPÍRITA INTERNACIONAL

Av. L-2 Norte – Q. 603 – Conjunto F (SGAN)

70830-030 – Brasília (DF) – Brasil

Pedidos de libros al CEI – Secretaría General

Tel: 00 55 61 3322-3024 – Fax: 00 55 61 3321-8760

www.spiritist.org

spiritist@spiritist.org

CIP-BRASIL. CATALOGAÇÃO-NA-FONTE
SINDICATO NACIONAL DOS EDITORES DE LIVROS, RJ

L672

El libro de los Espíritus: contiene los principios de la doctrina espírita acerca de la inmortalidad del alma, la naturaleza de los espíritus y sus relaciones con los hombres; las leyes morales, la vida presente, la vida futura y el porvenir de la humanidad, según la enseñanza impartida por los Espíritus superiores con la ayuda de diversos médiuns: filosofía espiritualista / recopilados y puestos en orden por Allan Kardec; traducción de Gustavo N. Martínez. – 1ª edición – 1ª reimpresión – Brasília, DF (Brasil): Consejo Espírita Internacional, 2009.

696p.; 21cm

Traducción de: Le livre des esprits

ISBN 978-85-98161-66-2

1. Espiritismo. I. Kardec, Allan, 1804-1869. II. Conselho Espírita Internacional.

08-5166.

CDD 133.93

CDU 133.7

21.11.08 26.11.08

009901

Índice

Consideraciones generales sobre la traducción	13
Aviso acerca de esta nueva edición	17
Introducción al estudio de la doctrina espírita.....	19
Prolegómenos	75

Libro Primero LAS CAUSAS PRIMERAS

Capítulo I – Dios

Dios y lo infinito	83
Pruebas de la existencia de Dios	84
Atributos de la Divinidad	86
Panteísmo.....	88

Capítulo II – Elementos Generales del Universo

Conocimiento del principio de las cosas	91
Espíritu y materia	92
Propiedades de la materia	96
Espacio universal	99

Capítulo III – Creación

Formación de los mundos	101
Formación de los seres vivos	103
Poblamiento de la Tierra. Adán	105

Diversidad de las razas humanas	106
Pluralidad de los mundos	107
Consideraciones y concordancias bíblicas referentes a la creación	109

Capítulo IV – Principio Vital

Seres orgánicos e inorgánicos	115
La vida y la muerte	118
Inteligencia e instinto	120

Libro Segundo MUNDO ESPÍRITA O DE LOS ESPÍRITUS

Capítulo I – Acerca de los Espíritus

Origen y naturaleza de los Espíritus	125
Mundo normal primitivo	128
Forma y ubicuidad de los Espíritus	129
Periespíritu	131
Diferentes órdenes de Espíritus	132
Escala espírita	133
Progresión de los Espíritus	144
Ángeles y demonios	149

Capítulo II – Encarnación de los Espíritus

Objetivo de la encarnación	153
Acerca del alma	154
Materialismo	160

Capítulo III – Regreso de la Vida Corporal a la Vida Espiritual

El alma después de la muerte; su individualidad. Vida eterna	165
Separación del alma y el cuerpo	168
Turbación espírita	172

Capítulo IV – Pluralidad de las Existencias

Acerca de la reencarnación	175
Justicia de la reencarnación	176
Encarnación en los diferentes mundos	178
Transmigración progresiva	185
Suerte de los niños después de la muerte	190
Sexo en los Espíritus	192
Parentesco, filiación	193
Semejanzas físicas y morales	195
Ideas innatas	199

Capítulo V – Consideraciones acerca de la

Pluralidad de las Existencias	201
-------------------------------------	-----

Capítulo VI – Vida Espírita

Espíritus errantes	217
Mundos transitorios	221
Percepciones, sensaciones y padecimientos de los Espíritus	224
Ensayo teórico acerca de la sensación en los Espíritus	230
Elección de las pruebas	238
Relaciones de ultratumba	249
Relaciones de simpatía y antipatía entre los Espíritus. Mitades eternas	254
Recuerdo de la existencia corporal	257
Conmemoración de los muertos. Funerales	263

Capítulo VII – Regreso a la Vida Corporal

Preludios del regreso	267
Unión del alma al cuerpo. Aborto	271
Facultades morales e intelectuales del hombre	276
Influencia del organismo	279
Idiotismo, locura	281
Acerca de la infancia	285

Simpatías y antipatías terrenales	289
Olvido del pasado	290

Capítulo VIII – Emancipación del Alma

El dormir y los sueños	299
Visitas espíritas entre personas vivas	307
Transmisión oculta del pensamiento	309
Letargo, catalepsia. Muertes aparentes	310
Sonambulismo	312
Éxtasis	317
Doble vista	319
Resumen teórico acerca del sonambulismo, el éxtasis y la doble vista	322

Capítulo IX – Intervención de los Espíritus en el Mundo

Corporal

Penetración de los Espíritus en nuestro pensamiento	331
Influencia oculta de los Espíritus en nuestros pensamientos y en nuestras acciones	332
Acerca de los posesos	337
Convulsionarios	340
Afecto de los Espíritus hacia determinadas personas	343
Ángeles de la guarda. Espíritus protectores, familiares o simpáticos	345
Presentimientos	358
Influencia de los Espíritus en los acontecimientos de la vida	360
Acción de los Espíritus en los fenómenos de la naturaleza	365
Los Espíritus durante los combates	368
Acerca de los pactos	370
Poder oculto. Talismanes. Hechiceros	372
Bendición y maldición	374

Capítulo X – Ocupaciones y Misiones de los	
Espíritus	377

Capítulo XI – Los Tres Reinos

Los minerales y las plantas	389
Los animales y el hombre	392
Metempsicosis	402

Libro Tercero LEYES MORALES

Capítulo I – Ley Divina o Natural

Caracteres de la ley natural	409
Origen y conocimiento de la ley natural	411
El bien y el mal	415
División de la ley natural	420

Capítulo II – I. Ley de Adoración

Objetivo de la adoración	423
Adoración externa	424
Vida contemplativa	426
Acerca de la oración	426
Politeísmo	431
Sacrificios	433

Capítulo III – II. Ley del Trabajo

Necesidad del trabajo	439
Límite del trabajo. Descanso	442

Capítulo IV – III. Ley de Reproducción

Población del globo	445
Sucesión y perfeccionamiento de las razas	446
Obstáculos para la reproducción	447
Matrimonio y celibato	448
Poligamia	450

Capítulo V – IV. Ley de Conservación

Instinto de conservación	451
Medios de conservación	452
Goce de los bienes terrenales	455
Lo necesario y lo superfluo	457
Privaciones voluntarias. Mortificaciones	458

Capítulo VI – V. Ley de Destrucción

Destrucción necesaria y destrucción abusiva	463
Plagas destructoras	466
Guerras	469
Asesinato	471
Crueldad	472
Duelo	474
Pena de muerte	475

Capítulo VII – VI. Ley de Sociedad

Necesidad de la vida social	479
Vida de aislamiento. Voto de silencio	480
Lazos de familia	482

Capítulo VIII – VII. Ley del Progreso

Estado de naturaleza	483
Marcha del progreso	484
Pueblos degenerados	488
Civilización	493
Progreso de la legislación humana	495
Influencia del espiritismo en el progreso	497

Capítulo IX – VIII. Ley de Igualdad

Igualdad natural	501
Desigualdad de las aptitudes	502
Desigualdades sociales	503
Desigualdad de las riquezas	504
Pruebas de la riqueza y de la miseria	506

Igualdad de derechos del hombre y la mujer	507
Igualdad ante la tumba	509
Capítulo X – IX. Ley de Libertad	
Libertad natural	511
Esclavitud	512
Libertad de pensamiento	514
Libertad de conciencia	514
Libre albedrío	517
Fatalidad	519
Conocimiento del porvenir	527
Resumen teórico del móvil de las acciones del hombre	530
Capítulo XI – X. Ley de Justicia, Amor y Caridad	
Justicia y derechos naturales	537
Derecho de propiedad. Robo	540
Caridad y amor al prójimo	542
Amor materno y filial	545
Capítulo XII – Perfección Moral	
Las virtudes y los vicios	547
Acerca de las pasiones	554
Acerca del egoísmo	556
Caracteres del hombre de bien	561
Conocimiento de sí mismo	563

Libro Cuarto ESPERANZAS Y CONSUELOS

Capítulo I – Penas y Goces Terrenales	
Felicidad y desdicha relativas	569
Pérdida de los seres queridos	577
Decepciones. Ingratitud. Afectos contrariados	580
Uniones antipáticas	581

Temor a la muerte	583
Hastío de la vida. Suicidio	585
Capítulo II – Penas y Goces Futuros	
La nada. Vida futura	593
Intuición de las penas y de los goces futuros	595
Intervención de Dios en las penas y en las recompensas	596
Naturaleza de las penas y de los goces futuros	598
Penas temporales	608
Expiación y arrepentimiento	611
Duración de las penas futuras	616
Resurrección de la carne	627
Paraíso, Infierno y Purgatorio. Paraíso perdido. Pecado original	630
Conclusión.....	637
Índice Alfabético.....	659

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA TRADUCCIÓN

- I. La presente traducción se basa en la segunda edición -definitiva- del original francés *Le Livre des Esprits*, editado en París, Francia, por Didier et Cie., Libraires-Éditeurs (35, quai des Augustins) y Ledoyen, Libraire (Galerie d'Orléans, 31, au Palais-Royal), el 18 de marzo de 1860. La edición fue impresa por P. A. Bourdier et Cie. (rue Mazarine, 30). La primera edición de *El Libro de los Espíritus* vio la luz, también en París, el 18 de abril de 1857, editado por E. Dentu, Libraire (Palais Royal, Galerie d'Orléans, 13).
- II. Nos valimos de un ejemplar (COTE R 39908 de la Bibliothèque Nationale de France - BNF) que corresponde a la mencionada segunda edición, cuya reproducción facsimilar fue realizada en forma conjunta por el Consejo Espírita Internacional, la Federação Espírita Brasileira y la Union Spirite Française et Francophone, en octubre de 1998.
- III. El texto incluye también -por primera vez en castellano- los agregados, las modificaciones y supresiones, las remisiones y fe de erratas que el propio Allan

Kardec introdujo en ediciones posteriores (en rigor, reimpressiones), a saber: 5.^a, de julio de 1861 (R 39909 de la BNF); 10.^a, de junio de 1863 (R 39912 de la BNF); y 13.^a, de 1865 (R 39914 de la BNF). Todo esto ha sido debidamente indicado por el traductor en notas al pie de página. Se ha tenido en cuenta, además, la 15.^a edición, de 1867 -la penúltima publicada en vida de Kardec-, que el lector puede consultar en el sitio web de la Biblioteca Nacional de Francia.

- IV. El criterio rector de este trabajo no ha sido otro que mantener una absoluta fidelidad al contenido del texto original. En cuanto a la forma, nos hemos ajustado a las normativas de la Real Academia Española, emitidas en mutua colaboración con las veintiuna Academias hermanas de América y de Filipinas. En caso de duda acerca del sentido de algún vocablo o locución, remitimos al lector al Diccionario de la Lengua Española y a las demás publicaciones de dicha Academia.
- V. Hemos puesto un cuidado especial en la preservación de la terminología espírita, por lo que evitamos el empleo de sinónimos a los que no se recurrió en el original, pese a que existen en la lengua francesa. En este sentido, recordamos que las respuestas brindadas por los Espíritus son textuales, conforme lo indica Allan Kardec en la Nota que consta a continuación de los Prolegómenos. Asimismo, remitimos al lector al libro *Obras Póstumas* (Segunda Parte) en el que dicho autor explica de qué modo fueron “psicografiadas” esas respuestas (Véase también *El Libro de los Médiums*, § 153).
- VI. Las notas del traductor se presentan entre corchetes [...], para diferenciarlas de las del autor: (N. de Allan

Kardec). Aquellas, en su mayoría, sólo pretenden explicar el sentido de algunos vocablos y locuciones, así como señalar las cuestiones relacionadas con lo mencionado en el § III, por lo que procuramos darlas con la mayor concisión posible.

- VII. Este libro contiene un total de 1196 preguntas. El criterio que Allan Kardec siguió en todas sus obras es el de numerar párrafos (*paragraphe*: fragmento o sección breve de un texto). Por esa razón, en el original francés algunas interrogaciones no llevan indicación numérica, puesto que con ellas se busca profundizar el contenido de la respuesta anterior (Véanse los §§ 22, 25, 34, 53, 64, 88, etc.), mientras que sí la llevan los ensayos que incluye el autor (Véanse los §§ 59, 100-113, 222, 257, 455 y 872.). No obstante, con fines prácticos, los editores contemporáneos han coincidido en numerar aquellas preguntas complementarias repitiendo el número del párrafo al que pertenecen y agregándoles una letra distintiva. En esta traducción colocamos esos agregados entre corchetes. Ej.: [22a].
- VIII. En cuanto a las citas bíblicas, hemos constatado que Allan Kardec empleó la versión francesa de Isaac Lemaître de Sasy (La Bible de Sacy-Port Royal). Por su parte, los Espíritus han citado los pasajes con sus propias palabras. Así pues, en ambos casos optamos por traducirlos tal como se los ha fijado. Con todo, en las notas al pie remitimos a los capítulos y versículos correspondientes, para que el lector pueda consultar las versiones españolas ya existentes.
- IX. Tal como lo hiciera el autor en la primera edición de El Libro de los Espíritus, hemos elaborado un Índice Alfabético, que el lector puede consultar al final de la

obra, y que vale asimismo como un compendio básico de terminología espírita.

- X. Agradecemos a la Sta. Marta H. Gazzaniga por su atenta lectura de esta traducción y por las preciosas observaciones que realizara al respecto.
- XI. En el transcurso de este trabajo hemos tenido a la vista numerosas versiones de El Libro de los Espíritus, en distintos idiomas. Es nuestro deseo destacar aquí, a modo de homenaje y con profunda gratitud, la abnegada labor del pionero espírita español don José María Fernández Colavida (autor de la primera versión castellana, de 1863), cuyo ejemplo ha inspirado nuestra tarea.

El Traductor

Buenos Aires, 3 de octubre de 2008.

AVISO

Acerca de esta nueva edición¹

En la primera edición de esta obra habíamos anunciado una parte suplementaria², que estaría compuesta por los asuntos que por falta de espacio no pudieron ser incluidos en aquella, o que tuvieran origen en circunstancias ulteriores y nuevos estudios. Pero como todos ellos se relacionan con algunos de los temas ya tratados y constituyen su desarrollo, su publicación aislada habría carecido de toda ilación. Por ese motivo, hemos preferido aguardar la reimpresión del libro para refundir el conjunto, y aprovechamos también para introducir en la distribución de las materias un orden más metódico aún, a la vez que eliminamos las repeticiones

¹ [Este "Aviso" ha sido escrito por Allan Kardec para la presente edición definitiva, y se mantuvo en reimpressiones posteriores. Asimismo, con excepción del último párrafo, fue transcrito en la Revista Espírita de marzo de 1860 (Año III, nº 3) para anunciar el lanzamiento de la obra.]

² [Allan Kardec alude aquí al párrafo con que concluye el Epílogo de la edición del 18 de abril de 1857, pág. 158: "La enseñanza impartida por los Espíritus prosigue en este momento en torno a diversas cuestiones, cuya publicación ha sido aplazada por ellos mismos a fin de contar con el tiempo necesario para elaborarlas y completarlas. La próxima publicación, que será la continuación de los tres libros contenidos en esta primera obra, comprenderá, entre otras cosas, los medios prácticos mediante los cuales el hombre puede llegar a neutralizar el egoísmo: fuente de la mayor parte de los males que afligen a la sociedad. Este tema concierne a todas las cuestiones de su posición en el mundo y de su porvenir en la Tierra."]

inútiles. Así pues, esta reimpresión puede ser considerada una obra nueva, aunque los principios no hayan experimentado cambio alguno, salvo un pequeñísimo número de excepciones que son complementos y aclaraciones antes que verdaderas modificaciones. La conformidad de los principios emitidos, a pesar de la diversidad de las fuentes de donde los hemos extraído, es un hecho importante para el establecimiento de la ciencia espírita. Nuestra correspondencia revela que comunicaciones del todo idénticas -sí no en la forma al menos en el fondo- han sido obtenidas en diferentes localidades e incluso antes de la publicación de nuestro libro, el cual ha venido a confirmarlas y a reunir las en un cuerpo regular. La historia, por su parte, prueba que la mayoría de esos principios han sido profesados por los hombres más eminentes de los tiempos antiguos y modernos, y viene así a darles su sanción.

La enseñanza relativa a las manifestaciones propiamente dichas y a los médiums constituye, en cierto modo, una parte distinta de la filosofía, y puede ser objeto de un estudio especial. Puesto que ha alcanzado desarrollos muy considerables como resultado de la experiencia adquirida, creímos conveniente hacer con ella un volumen separado, que contendrá las respuestas acerca de los asuntos relativos a las manifestaciones y a los médiums, así como numerosas observaciones respecto al espiritismo práctico. Esta obra será la continuación o el complemento de EL LIBRO DE LOS ESPÍRITUS.³

³ En prensa. (N. de Allan Kardec.) [El autor se refiere a una obra cuyo lanzamiento se anunciaba -en la contraportada de este mismo libro- para abril de 1860 y que se titularía El Espiritismo Experimental. Dicha obra vio la luz el 15 de enero de 1861 con el título definitivo de El Libro de los Médiums.]

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA DOCTRINA ESPÍRITA

I

Para las cosas nuevas se necesitan palabras nuevas. Así lo exige la claridad del lenguaje, a fin de evitar la confusión propia del sentido múltiple de los términos. Las palabras espiritual, espiritualista y espiritualismo tienen una acepción bien definida; darles una nueva para aplicarlas a la doctrina de los Espíritus sería multiplicar las ya tan numerosas causas de anfibología. En efecto, el espiritualismo es lo opuesto al materialismo. Cualquiera que crea tener en sí algo más que materia es espiritualista, pero no se sigue de ahí que crea en la existencia de los Espíritus o en sus comunicaciones con el mundo visible. Por eso, en lugar de las palabras ESPIRITUAL y ESPIRITUALISMO, empleamos para designar esa última creencia las palabras espírita y espiritismo, cuya forma recuerda su origen y su sentido radical, y por eso mismo tienen la ventaja de ser perfectamente inteligibles. Reservamos así para la palabra espiritualismo la acepción que le es propia. Diremos, pues,

que la doctrina espírita o el espiritismo tiene por principio las relaciones del mundo material con los Espíritus o seres del mundo invisible. Los adeptos del espiritismo serán los espíritas o, si se prefiere, los espiritistas.⁴

Como especialidad, El Libro de los Espíritus contiene la doctrina espírita; como generalidad, se vincula a la doctrina espiritualista, una de cuyas fases presenta. Por esta razón trae en el encabezamiento de la portada las palabras Filosofía espiritualista.

II

Hay otra palabra acerca de la cual también es importante ponerse de acuerdo, porque es una de las claves de bóveda de toda doctrina moral⁵, y la causa de numerosas controversias a falta de una acepción bien determinada. Nos referimos a la palabra alma. La divergencia de opiniones en torno a la naturaleza del alma proviene de la aplicación particular que cada uno hace de esa palabra. Una lengua perfecta, en la que cada idea estuviese representada por un término exclusivo, evitaría muchas discusiones. Con una palabra para cada cosa todos nos entenderíamos.

Según algunos, el alma es el principio de la vida material orgánica; no tiene existencia propia y cesa con la

⁴ [En francés, los neologismos que el autor introduce en esta sección son: para designar a la nueva doctrina, spirite y spiritisme; y para referirse a sus adeptos, spirites y spiritistes.]

⁵ [Téngase presente que la palabra moral posee, tanto en francés como en castellano, además de su sentido ético, uno que se aplica a cuanto es de orden espiritual, inmaterial o psíquico, por oposición a lo físico, material o corporal. Allan Kardec la emplea con esta acepción en numerosas oportunidades (Véase, por ejemplo, en esta Introducción y en el §139, la definición del alma como ser moral).]

vida. Se trata del materialismo puro. En este sentido, y por comparación, cuando se refieren a un instrumento roto, que ya no emite sonido, dicen que no tiene alma. De acuerdo con esta opinión, el alma sería un efecto y no una causa.

Otros piensan que el alma es el principio de la inteligencia, agente universal del que cada ser absorbe una porción. Según ellos, no habría en todo el universo más que una sola alma, que distribuye chispas entre los diversos seres inteligentes durante la vida de estos. Después de la muerte, cada chispa retorna a la fuente común donde se confunde con el todo, como los arroyos y los ríos retornan al mar del que han salido. Esta opinión difiere de la precedente en que sostiene la hipótesis según la cual hay en nosotros algo más que materia y queda algo después de la muerte. No obstante, es casi como si no quedara nada, puesto que, al no existir más la individualidad, ya no tendríamos conciencia de nosotros mismos. Con arreglo a esta opinión, el alma universal sería Dios, y cada ser una porción de la Divinidad. Se trata de una variedad del panteísmo.

Según otros, finalmente, el alma es un ser moral, distinto, independiente de la materia y que conserva su individualidad después de la muerte. Esta acepción es, sin duda, la más general, porque con un nombre u otro la idea de ese ser que sobrevive al cuerpo se encuentra en estado de creencia instintiva e independiente de toda enseñanza, en todos los pueblos, sea cual fuere su grado de civilización. Esta doctrina, según la cual el alma es la causa y no el efecto, es la de los espiritualistas.

Sin discutir el mérito de dichas opiniones, y considerando tan sólo el lado lingüístico del asunto, diremos que esas aplicaciones de la palabra alma constituyen tres

ideas distintas, cada una de las cuales requeriría un término diferente. Esta palabra tiene, pues, una triple acepción, y a cada uno lo asiste la razón, desde su punto de vista, en la definición que le da. El defecto está en el lenguaje, que sólo dispone de una palabra para tres ideas. A fin de evitar todo equívoco, sería preciso restringir la acepción de la palabra alma a una sola de esas ideas. La elección es indiferente, pues la cuestión es ponerse de acuerdo, ya que se trata de un problema de convención. Nosotros creemos que es más lógico tomarla en su acepción más común, por eso llamamos ALMA al ser inmaterial e individual que reside en nosotros y que sobrevive al cuerpo. Aunque este ser no existiera, y no fuese más que un producto de la imaginación, se requeriría un término para designarlo.

A falta de una palabra especial para cada una de las otras dos ideas, llamaremos:

Principio vital, al principio de la vida material y orgánica, sea cual fuere su origen. Este principio es común a todos los seres vivientes, desde las plantas hasta el hombre. Dado que la vida puede existir aunque carezca de la facultad de pensar, el principio vital es una cosa distinta e independiente. La palabra vitalidad no expresaría la misma idea.⁶ Para algunos, el principio vital es una propiedad de la materia, un efecto que se produce cuando la materia se encuentra en determinadas circunstancias. Según otros, y esta es la idea más común, reside en un fluido especial, universalmente distribuido y del cual cada ser absorbe y asimila una parte durante la vida, así como vemos a los cuerpos inertes absorber la luz. Este sería entonces el fluido vital que, conforme a ciertas opiniones, no sería otro que el fluido eléctrico

⁶ [Véanse los §§ 67 y 67a.]

animalizado⁷, designado también con los nombres de fluido magnético, fluido nervioso, etc.

Sea lo que fuere, es un hecho indiscutible -pues se trata de un resultado de la observación- que los seres orgánicos tienen en sí una fuerza íntima que produce el fenómeno de la vida mientras esa fuerza existe; que la vida material es común a todos los seres orgánicos e independiente de la inteligencia y del pensamiento; que tanto la inteligencia como el pensamiento son facultades propias de ciertas especies orgánicas; por último, que entre las especies orgánicas dotadas de inteligencia y de pensamiento una de ellas está provista de un sentido moral⁸ especial que le da una incontestable superioridad sobre las otras: la especie humana.

Se entiende que, con una acepción múltiple, la palabra alma no excluye al materialismo ni al panteísmo. El propio espiritualista puede muy bien entender al alma según una u otra de las dos primeras definiciones, sin perjuicio del ser inmaterial distinto, al que dará entonces cualquier otro nombre. Así pues, esa palabra no es representativa de una opinión, sino un proteo⁹ que cada

⁷ [En su primera acepción, los términos animaliser y animalisation (al igual que sus equivalentes en español) expresan la transformación de las sustancias alimenticias en la sustancia animal que se nutre con ellas. En este pasaje, la palabra animalisé es empleada para designar la propiedad específica del fluido que mantiene vivos a la totalidad de los cuerpos orgánicos (Véanse los §§ 60 a 70). El término fue introducido por Mesmer hacia 1775, y era de uso común entre los magnetistas del siglo XIX.]

⁸ [sens moral: conciencia de la existencia de Dios y de una realidad espiritual, así como de la idea del bien y de la necesidad de llevarlo a la práctica. (Véanse los §§ 11, 265, 669 y 754.)]

⁹ [protée: este vocablo suele utilizarse con el mismo sentido que en castellano y, además -como en este caso-, para referirse a cosas que son en extremo cambiantes. Más adelante (en la Sección X de esta Introducción), Kardec lo escribe con mayúscula inicial, en cuyo caso alude al dios mitológico que lleva ese nombre.]

uno acomoda a su manera. De ahí el origen de tantas interminables disputas.

También se evitaría la confusión, aunque nos sirviéramos de la palabra alma en los tres casos, si se le añadiese un calificativo que especificara el punto de vista a la luz del cual se la considera, o la aplicación que se le da. Sería, entonces, una palabra genérica, que representaría a la vez el principio de la vida material, el de la inteligencia y el del sentido moral, y se la distinguiría mediante un atributo, así como los gases, por ejemplo, que se distinguen al añadirles las palabras hidrógeno, oxígeno o nitrógeno. Así, podríamos decir -y tal vez sería lo mejor- alma vital para nombrar el principio de la vida material, alma intelectual para el principio de la inteligencia, y alma espírita para el principio de nuestra individualidad después de la muerte. Como vemos, todo esto es una cuestión de palabras, pero una cuestión muy importante sobre la cual tenemos que ponernos de acuerdo. De este modo, el alma vital sería común a todos los seres orgánicos: plantas, animales y hombres; el alma intelectual sería propia de los animales y de los hombres, y el alma espírita pertenecería al hombre únicamente.

Creímos que era nuestro deber insistir sobre estas explicaciones, tanto más porque la doctrina espírita se basa naturalmente en la existencia en nosotros de un ser independiente de la materia y que sobrevive al cuerpo. La palabra alma habrá de ser utilizada frecuentemente en el curso de esta obra, por lo que importaba fijar el sentido que le damos, a fin de evitar toda equivocación.

Vayamos ahora al objeto principal de esta instrucción preliminar.

III

La doctrina espírita, como toda novedad, tiene sus adeptos y sus contradictores. Vamos a intentar dar respuesta a algunas de las objeciones planteadas por estos últimos, examinando la validez de los motivos en que se apoyan, sin abrigar, empero, la pretensión de convencer a todo el mundo, pues hay quienes creen que la luz ha sido hecha exclusivamente para ellos. Nos dirigimos a las personas de buena fe, sin ideas preconcebidas o irrevocables, con sinceros deseos de instruirse. Les demostraremos que la mayor parte de las objeciones que se le plantean a la doctrina proviene de una observación incompleta de los hechos y de una opinión formada con demasiada ligereza y precipitación.

Recordemos ante todo, en pocas palabras, la serie progresiva de los fenómenos que han dado nacimiento a esta doctrina.

El primer hecho observado fue el movimiento de objetos diversos. Se lo ha designado vulgarmente con el nombre de mesas giratorias o danza de las mesas¹⁰. Ese fenómeno, que aparentemente fue observado primero en América¹¹, o mejor dicho, que se ha reiterado en esa región -pues la historia demuestra que se remonta a la más remota antigüedad-, se produjo acompañado de circunstancias extrañas, tales como ruidos insólitos y golpes cuya causa ostensible no se conocía. Desde América se propagó con rapidez por Europa y el resto

¹⁰ [En francés: tables tournantes o danse des tables. Anna Blackwell, en la primera versión inglesa de esta obra, escribe "table-turning" (The Spirits' Book, Londres/Boston: 1875).]

¹¹ [Allan Kardec se refiere a "Estados Unidos de América". Véase su obra El espiritismo en su más simple expresión, Brasilia: CEI, 2009.]

del mundo. Al principio provocó mucha incredulidad, pero pronto la multiplicidad de experiencias dio lugar a que ya no se dudara de su realidad.

Si dicho fenómeno se hubiera limitado al movimiento de los objetos materiales, podría explicarse mediante una causa puramente física. Estamos lejos de conocer la totalidad de los agentes ocultos de la naturaleza, o todas las propiedades de los que conocemos. La electricidad, por otra parte, cada día multiplica hasta lo infinito los recursos que proporciona al hombre, y parece destinada a iluminar la ciencia con una nueva luz. Existía la posibilidad, pues, de que la electricidad, modificada por ciertas circunstancias, o algún otro agente desconocido, fuese la causa de ese movimiento. La reunión de muchas personas, que aumentaba el poder de acción, parecía dar sustento a esa teoría, dado que era posible considerar a dicho conjunto como una pila múltiple cuya potencia tiene relación con el número de los elementos.

El movimiento circular no tenía nada de extraordinario: está en la naturaleza. Los astros se mueven en círculo. Podríamos, pues, tener en escala reducida un reflejo del movimiento general del universo; o mejor dicho, una causa hasta entonces desconocida estaba en condiciones de producir accidentalmente, con los objetos pequeños y en circunstancias determinadas, una corriente análoga a la que impulsa a los mundos.

Sin embargo, el movimiento no siempre era circular. Solía ser brusco, desordenado. El objeto era violentamente sacudido, derribado, arrastrado en cualquier dirección e incluso, en oposición a las leyes de la estática, levantado del suelo y suspendido en el espacio. Con todo, nada había en esos hechos que no pudiera ser explicado mediante el poder de un agente físico invisible. ¿Acaso no vemos que la

electricidad derriba edificios, arranca árboles, arroja lejos los cuerpos más pesados, los atrae o los repele?

En la suposición de que los ruidos insólitos y los golpes no fuesen alguno de los efectos ordinarios de la dilatación de la madera o de alguna otra causa accidental, podían muy bien ser producidos por la acumulación de un fluido oculto. ¿No produce la electricidad los más violentos ruidos?

Hasta aquí, como vemos, todo puede incluirse en el dominio de los hechos puramente físicos y fisiológicos. Más aún, sin salir de ese círculo de ideas, en esos hechos había materia para estudios serios y dignos de llamar la atención de los científicos. ¿Por qué no fue así? Es penoso decirlo, pero se debe a causas que prueban, entre otros mil hechos semejantes, la frivolidad del espíritu humano. Ante todo, la vulgaridad del principal objeto que sirvió de base a las primeras experimentaciones puede que no haya sido ajena. ¡Cuánta influencia ha ejercido muchas veces una palabra sobre las cosas más importantes! Sin considerar que el movimiento podía ser transmitido a un objeto cualquiera, la idea de las mesas prevaleció, sin duda, porque una mesa era el objeto más cómodo y porque nos sentamos con mayor naturalidad alrededor suyo que de cualquier otro mueble. Ahora bien, los hombres superiores son a veces tan pueriles que no sería imposible que ciertos espíritus de elite hayan considerado ajeno a su competencia el ocuparse de lo que se había convenido en llamar la danza de las mesas. También es probable que si el fenómeno descubierto por Galvani hubiera sido observado por hombres vulgares, que lo hubiesen designado con un término burlón, habría quedado relegado junto a la varita mágica. En efecto, ¿cuál es el científico que no se habría sentido menoscabado al ocuparse de la danza de las ranas?

Algunos, sin embargo, suficientemente modestos para admitir que la naturaleza podría no haberles dicho su última palabra, se propusieron observar, para descargo de sus conciencias. Pero sucedió que el fenómeno no siempre respondía a sus expectativas y, como tampoco se producía constantemente conforme a su voluntad o según su método de experimentación, han concluido por negarlo. Aunque hayan pronunciado su veredicto, las mesas -puesto que mesas hay- continúan girando, por lo que podemos decir con Galileo: ¡Y sin embargo se mueven! Agregaremos, además, que los hechos se han multiplicado de tal manera que hoy han adquirido derecho de ciudadanía¹²; sólo resta encontrarles una explicación racional. ¿Se puede inferir algo contrario a la realidad del fenómeno por el hecho de que este no se produce de manera idéntica cada vez, conforme a la voluntad y las exigencias del observador? ¿Acaso los fenómenos eléctricos y químicos no están subordinados a ciertas condiciones? ¿Cabe negarlos porque no se producen fuera de tales condiciones? ¿Hay, pues, algo de asombroso en que el fenómeno del movimiento de los objetos por medio del fluido humano tenga también sus condiciones de ser y deje de producirse cuando el observador, al colocarse en su propio punto de vista, pretende hacerlo marchar conforme a su capricho, o someterlo a las leyes de los fenómenos conocidos, sin tener en cuenta que para hechos nuevos puede y debe haber leyes nuevas? Ahora bien, para llegar a conocer esas leyes hay que estudiar las circunstancias en las que los hechos se producen, y ese estudio sólo puede ser fruto de una observación constante, atenta y por lo general muy prolongada.

¹² [En el original: droit de cité. Esta locución -originaria del derecho-, suele utilizarse en sentido figurado, como en el caso que nos ocupa, para aludir al reconocimiento y la aceptación de un hecho por parte de la sociedad. Véase también el § 455 y la Sección VIII de la Conclusión.]

Sin embargo -objetan algunas personas-, la superchería suele ser evidente. Les preguntaremos, en primer lugar, si están absolutamente seguras de que hubo superchería, o si no han tomado por tal determinados efectos que no pudieron explicar, más o menos como ese campesino que confundía a un sabio profesor de física, que hacía experimentos, con un hábil escamoteador. Incluso en el supuesto de que el engaño tuviera lugar algunas veces, ¿sería esa una razón para negar el hecho? ¿Habrá que negar la física porque hay prestidigitadores que se arrogan el título de físicos? Es necesario, además, tener en cuenta el carácter de las personas y el interés que las llevaría a engañar. ¿Será, pues, una broma? Es posible divertirse durante algún tiempo, pero una broma mantenida indefinidamente resultaría fastidiosa tanto para el que engaña como para el que es engañado. Por otra parte, en una mistificación que se propaga de un extremo a otro del mundo, entre las personas más serias, honorables e instruidas, algo habría al menos tan extraordinario como el propio fenómeno.

IV

Si los fenómenos que nos ocupan se hubiesen limitado al movimiento de objetos, se habrían mantenido -como hemos dicho- en el dominio de las ciencias físicas. Pero no ha sido así: les estaba reservado ponernos en la vía de un extraño orden de hechos. Se creyó descubrir -no sabemos por iniciativa de quién- que el impulso dado a los objetos no era el simple producto de una fuerza mecánica ciega, sino que en ese movimiento intervenía una causa inteligente. Una vez abierta esa vía, se ingresó en un campo